

DAIMIEL, CUNA DE VOCACIONES

DAIMIEL es un lugar de la Mancha, uno de tantos lugares blancos enclavados entre viñedos, perdidos en la monotonía de la llanura, hechos a golpes de un fatigoso trabajar, día a día, en lucha perenne contra las inclemencias del tiempo y la aridez de la tierra.

Sus gentes son llanas, pacientes, sufridas, apasionadas. La religiosidad sincera y acendrada se ha contado siempre entre los rasgos característicos de su fisonomía popular. Repoblado a mediados del siglo X^{li}, ya a principios del XIV emprendería la construcción de un templo de notables dimensiones: la iglesia parroquial de Santa María, que a mediados del XVI resultaba ya insuficiente, por lo que se hubo de pensar en procurar a los vecinos otro lugar de oración, que tomaría forma en la parroquia de San Pedro Apóstol, en la parte nueva de la población.

Datos concretos de la piedad y generosidad de sus moradores los hallamos en el abundante número de fundaciones piadosas, ermitas y conventos con los que siempre se honró la ciudad, antes villa, de Daimiel.

En efecto, cuatro llegaron a ser los hospitales fundados para la atención de los pobres, costeados y mantenidos con las limosnas del pueblo, reunidos después en uno sólo para su más fácil administración. A principios del siglo XVII encontramos, además, las ermitas de Ntra. Sra. de la Paz, de San Roque y Santa María de Ureña, y el santuario de Ntra. Sra. de las Cruces, Patrona de la Ciudad a quien los daimieleños han profesado siempre un singular amor que las caracteriza profundamente. En cuanto a los conventos, existían el de Franciscanas, fundado a comienzos del XVI, que contaba con un elevado número de religiosas; el de Carmelitas descalzas, fundado en 1583; de monjas Carmelitas, en el 1599, y una casa de la Compañía de Jesús que debió comenzar probablemente en el 1580/81. A ellos vino a sumarse en el 1627 el de monjas Mínimsa, dotado por el fervor del pueblo, que deseaba todavía contar entre sus vecinos a las hijas de San Francisco, el santo de la caridad.

La mejor contribución que Daimiel ha prestado siempre a la causa de la religión y de la vida consagrada, no ha sido, sin embargo, la económica. Muy por encima de ella se encuentra la entrega que el pueblo ha ido haciendo a lo largo de los siglos, de sus mejores hijos e hijas para el servicio de Dios y de la Iglesia en la vida sacerdotal y religiosa, pues muchos de los miembros de estas comunidades fueron, en todos los tiempos, oriundos del lugar.

Un particular florecimiento de vocaciones se dio durante los años posteriores a la paz del 39, fruto indudable de la abundante sangre de sacerdotes y religiosos, y aun de simples fieles creyentes, con la que fueron regadas estas tierras.

En los últimos años la ciudad ha acusado —claro— en cierta medida, la impronta del secularismo en la mentalidad y en la vida moral. Con todo, la generalidad del pueblo sigue conservando hoy día la sencillez y llaneza propia de los buenos manchegos, de los manchegos «de cepa», y una sincera piedad. Abundan todavía, gracias a Dios, las familias de vida cristiana intensa, seriamente comprometidas, que ofrecen a sus hijos una sólida educación religiosa mientras les transmiten, hecha vida, la jerarquía de valores evangélicos, aun en las dificultades, pruebas o contratiempos que van surgiendo en la vida familiar. Todavía rezan juntos el rosario padres e hijos, comparten problemas y alegrías, dialogan, y a los jóvenes se les llena la boca al decir que sus padres son sus mejores amigos y que tienen con-